

le miraban ya casi muerto, y que al parecer de todos acababa, volvía con un grande suspiro y doloroso gemido á vivir: porque como dijo el Señor al beato Alano, entónces se valía de su omnipotencia, y confortaba la naturaleza, que naturalmente se acababa, para padecer de nuevo: y por eso tantas veces de la misma puerta de la muerte volvía á vivir con espanto de los que le miraban, y con desesperado sentimiento de los Judíos y verdugos, que todos deseaban que acabase de morir: solo el Señor no deseaba acabar de padecer; porque su amor infinito no se contentaba con cuanto padecía, y quería en una padecer muchas y muy terribles muertes, para que fuese mas copiosa nuestra redencion. Conozcamos por aquí nuestra flaqueza, y nuestra falta de amor, que muchas veces por no padecer deseamos morir de una vez, y otras padecemos tan de mala gana, que una mínima pena decimos que es una muerte muy larga, y perdemos la paciencia: ¿y porqué? porque no hay amor en nosotros.

289. Considera cómo llegaron los otros seis verdugos perversos y malditos con las cadenas retorcidas, como dice el gloriosísimo padre San Vicente Ferrer; y estas cadenas dice el venerable Beda, que estaban asidas, ó pegadas á unos garrotes en forma de ramal.* Con estas cadenas azotaron á nuestro Salvador por todo el santísimo cuerpo con todas sus fuerzas; y le hubieran hecho pedazos todos los huesos, si no estuviera en contra una profecía que no le habian de quebrar alguno;† mas le dejaron tan molido, tan quebrantado, tan hinchado, denegrado y dolorido, que excede á toda la humana capacidad el imaginarlo. Piensa, cristiano, que ves á tu Dios, y que oyes el ruido de las cadenas, y que cada golpe que le dan te hace estremecer las entrañas; y que de solo imaginar que le oyes te quieres desmayar: y piensa por ahí qué desmayos y qué trasudores, qué congojas y agonías serian las de tu Dios: suspiros y ayes de infinita tristeza y afliccion es lo que se oye de aquella divina boca; quejas, ni palabra de sentimiento, ninguna. Admira y medita la paciencia, la bondad y misericordia de Dios, que tal y tan cruel contradiccion padece por ti, y no desmayes, ni te canses de ver crueldades: anima tu corazon; y pasa á la consideracion siguiente, si tienes ánimo.

290. Considera cómo llegaron los otros verdugos con

* In cap. xv. Matt. ap. Sylv.

† Exod. xii.

aquellos látigos que dijo el beato Alano, que tenian en las puntas unos alacranes de hierro, con unas puntas y garfios muy agudos y penetrantes, y de estos hace mencion Santa Brígida* de revelacion de nuestra Señora, como luego diré: con estos cruelísimos tormentos se llegaron con ánimo de despedazarle su santísimo cuerpo, y arrancarle las entrañas, y así, empezando por las santísimas espaldas y costados, fué tal la carnicería que hicieron en su divino cuerpo, que dice á Santa Brígida nuestra Señora estas palabras: “ví el cuerpo de mi Hijo santísimo tan azotado, tan despedazado, y tan rotas y consumidas sus carnes, que se le parecian los huesos, y se le veian las costillas de todo punto descarnadas; y la mayor amargura era el verselas rasgadas; porque los azotes encarnaban en ellas, y tirando de ellos los verdugos, las surcaban sin piedad, y se las arrancaban á pedazos.” Hasta aquí nuestra Señora. Mira por aquí, cristiano, cuál estaba tu Dios, y luego que le vuelven por delante, y que le empiezan á rasgar aquellos amorosos pechos, mira y atiende como se entran las puntas de los alacranes en el estómago y vientre santísimo; y como toda la ansia de los verdugos era abrir camino, para que saliesen las entrañas, y se las sacasen hechas pedazos con los azotes; mas no quiso acabar allí con la vida: quiso que fuese su muerte mas prolija y afrentosa, para mas y mas manifestarnos su infinito amor; y dejando así al Señor despedazado y molido, se retiraron cansados los verdugos. No te canses tú de pensar en sus penas, pues el Señor no se cansa de padecerlas por ti; y así pasa con la consideracion al último género de martirio que padeció el Redentor de las almas en esta trabajosa y dolorosa columna.

291. Considera cómo ya desesperados de poderle matar los verdugos, viniéron los últimos con aquellas plumadas, que dice el beato Alano de revelacion de nuestra Señora, y como desesperados le empezaron á herir y golpear el santísimo cuerpo; y para entender bien este martirio, has de suponer, que como has oido de las cadenas, así estaban estos látigos asidos á unos cortos palos, y con las plumadas que tenian en las puntas cogian vuelo, y daban en el cuerpo santísimo, como si fueran balazos; y dando en el divino cuerpo, atormentaban las entrañas con el golpe; porque descar-gando sobre los huesos, alcanzaba con el peso del plomo á lo

* Ubi sup.

interior del pecho; y era tal el dolor que resultaba en el corazón y en las entrañas, que aunque el Señor no hubiera padecido mas tormentos, solo éste le hubiera quitado la vida muy en breve, si la divinidad no confortára á la humanidad. Aquí fuéron mas y mayores las agonías: aquí has de considerar, que muchas veces le ves vueltos en blanco los ojos, y el cuerpo desmayado, y que ya los miembros todos de todo punto flaquean, y que los paratismos mortales se repiten, y continúan unos ras de otros, y que corre la voz entre los Judíos, diciendo; ya, ya muere, ya muere, ya acaba, ya acaba; y con todo eso no cesan los verdugos. ¡O Madre de misericordia! ¡Qué dolores sentiria vuestra alma santísima, cuando llegaban á vuestros oídos estas voces! Mas suspende la consideración de la santísima Virgen por ahora un poco, y concluye con este martirio.

292. Considera cómo estando el Señor en aquellos paratismos, de tal manera despedazado, que ya no había carne que azotar, sino los huesos descarnados, como dice nuestra Señora á Santa Brígida* con estas palabras: “como mi Hijo estuviese todo cubierto de sangre, y todo su cuerpo tan rasgado, que ya de los piés á la cabeza no había parte sana en donde pudiesen azotarle; entónces uno de los que estaban allí, viendo que le mataban, asustado y temeroso del mal que les podía venir á los verdugos, si le quitaban la vida ántes de la sentencia, corrió, y preguntóles, ¿que cómo sin estar sentenciado á muerte, le quitaban la vida? Y sin aguardar respuesta, sacó un cuchillo y cortó los sogas.” Hasta aquí nuestra Señora á Santa Brígida. Y ahora dice Roberto de Aquino, † que así que le cortaron los sogas, cayó por muerto en aquel lago de sangre que estaba al pié de la columna, y allí tuvo palpitando, revolcado en su santísima y preciosísima sangre. Contéplalo allí, alma cristiana, cercado de verdugos, que están esperando á ver si acaba de agonizar, y contéplalo cercado de ángeles, que asistieron á todo el martirio, y ahora le ven allí en aquel charco de sangre, caído en tierra, boqueando, y le ven justamente en la gloria en trono de serafines adorado. ¿Qué sintieran si fueran capaces de sentimiento? Viéneles bien aquí aquel dicho del profeta, que los ángeles de paz llorarán amargamente. ¡O altísimo Dios y omnipotente Señor de la eternidad (dirían los ánge-

* Lib. 1. cap. 10.

† Art. 2. de Pas.

les!) ¡Quién así se os ha atrevido? ¡Quién os ha prostrado, Señor de infinita grandeza y poder? ¡Quién os ha puesto en ese suelo tan humillado? Vos que andais sobre las plumas de los vientos, que os sentais en trono de querubines; ¿cómo está la vestidura de vuestra divinidad tan roja y tan despedazada? ¡Quién hizo ese estrago? ¡O hombres ciegos que no sabeis lo que habeis hecho! ¿No sabeis quien es ese que está ahí caído y anegado en su propia sangre? ¡O alma! ¡Tú que lo sabes, qué dices? ¿Qué les respondes á los ángeles santos? Que tu amor fué el mayor verdugo, y que tus pecados fuéron los azotes, esto has de confesar, aunque no quieras, y con eso los aborrecerás y los arrojarás de ti: sí, alma, sí, hazlo así, y con muy grande dolor, pues basta que ellos hayan dado tantos dolores á tu Señor, para que tú los aborrezcas.

293. Considera con San Agustín,* que viendo los verdugos que el Señor, caído en tierra, poco á poco iba volviendo en sí, de nuevo enfurecidos y embravecidos contra él, lo cercaron por todas partes, y juntos le volviéron á azotar por todo el cuerpo santísimo, sin reservar parte alguna; y habiéndole dado por las espaldas con sus malditos piés; y volviéndole boca arriba, le azotaron desde el santísimo rostro hasta los piés; pero por mas que hiciéron por matarle, no pudieron, y de cansados lo dejaron. Piensa en este paso, cristiano, que es lastimoso aun mas de todo cuanto has leído aquí. Míralo, que es lastimoso, aun mas que todo cuanto has visto hasta aquí. Míralos qué encarnizados, qué rabiosos contra un cordero mansísimo, caído en el suelo, revolcado en su sangre, y casi muerto, que no abre su boca, ni dice mala palabra, ni se queja de ellos, y con todo eso son tan crueles, tan impíos y faltos de compasión. Aprende por aquí á perder tu amor propio, y á renunciar el de las criaturas. Mira qué solo padece tu Dios, que dasamparado sin consuelo, ni compasión de criatura alguna, porque á todos les pesaba de que no muriese, y todos se juntaron para que de una vez acabase. Llégate por allí alma: véate siquiera el Señor que te entristeces de sus males, y te duelen sus penas; que solo eso le bastará para algun género de alivio: uno solo que halle de su parte, eso le servirá de algun consuelo.

* Serm. 2. de Pas. ad illa verb. Deut. xxv. S. Laur. de triumph. Christ. reg. cap. 14.

294. Considera, cerrando este martirio con lo que dice nuestra Señora á Santa Brígida,* que despues de haber andado todas aquellas tan dolorosas procesiones de Caifas á Pilato y Heródes, para encontrarse con su divino Hijo; por último, cuando quisiéron azotarlo, se vino á hallar en parte en donde lo podía ver, y oír los latigazos y azotes. “Habiéndole desnudado (dice esta soberana Señora) su divino cuerpo, le diéron de pescozones y golpes; y escupiéndole, mandaron que se fuese á la columna, en donde sin misericordia le ataron desnudo como habia salido de mis entrañas, y cercándole los verdugos por todas partes, empezaron á azotarle; y al primer azote que yo oí, y ví, fue tal el dolor de mi alma, que fué cual no cabe en toda ponderacion el decirlo; y mas cuando reparé que estaba todo su santísimo cuerpo llagado de piés á cabeza, rasgadas sus inmaculadas carnes, y descubiertos los huesos entre la sangre roja.” Hasta aquí nuestra soberana Reyna. ¿Y quién podrá ponderar la pena de su alma santísima, y la afliccion de su purísimo corazon? Aquí enmudecen los ángeles, cuanto mas los hombres. ¿Te parece que el referir la Reyna de los ángeles lo que vió y oyo, y no referir lo que sintió su alma, carece de misterio? Has de pensar que es, no porque le faltaron á nuestra Señora palabras para explicar sus gravísimas penas, sino que las dejó á la consideracion y al silencio. Si tú y yo tuviéramos alguna pequeña parte de su amor, pudiéramos decir algo; pero puesto que nos falta el alma del sentimiento, contentémonos con mirar al santísimo y llagado Hijo, y mirar á la dolorosísima Madre, poniéndolos como sellos en nuestros corazones; que con eso se imprimirán en ellos sus imágenes, y con eso nos basta, sellándolos en nuestro corazon; que por último algo se nos ha de pegar de tanta pena, dolor y compasion.

* Ubi sup.

MISTERIO TERCERO.

De la corona de espinas con que los Judíos coronaron al Hijo de Dios.

295. CONSIDERA en el paso de la coronacion de espinas, en donde tienes muchas consideraciones. Considera cómo los verdugos llevaron al Salvador al patio de Pilato, y pidiendo licencia, como dice San Agustin,* y obtenida ya, buscaron por aquellos rincones algunos malos andrajos colorados; y como dice San Buenaventura,† hallaron una túnica, que por inútil habian arrojado, y un pedazo de una manta colorada, tambien arrojada, por no ser á propósito para nada; y llegándose al Señor, cansados ya de atormentarle el cuerpo, quisiéron con oprobios y afrentas atormentarle el alma. Ya consideras que lo ves, y oyes que le dicen muy contentos y alegres: ya, gran rey de los Judíos, se os han cumplido vuestros deseos: ya se os ha llegado aquel dia que tanto habeis deseado, en que os coronasen por rey: orden tenemos del presidente de los Romanos para coronaros; y así dejaos vestir, que aquí teneis la púrpura real, y luego os daremos la corona y cetro. Sacaron entónces aquellos andrajos, y como estaban llenos de tierra, pajas y basura, se los pusieron sobre su santísimo cuerpo, todo rasgado con los azotes. Pusieronle primero la túnica, y sobre ella el pedazo de manta, y atándola con un hilo, se la pusieron en los hombros, dando grandes risadas, y haciendo grande mofa del Señor de la Magestad. Mira su paciencia, su humildad y su mansedumbre, cómo se deja poner aquellas ropas llenas de agujeros, desechadas y afrentosas; y trae á la memoria tus vanidades, tus galas y el adorno de tu cuerpo, y afrentate de ponerte de esa manera delante de tu Dios escarnecido, vituperado y mofado por ti.

296. Considera lo que dice el beato Alano, que habiéndole puesto aquel ropage de vilipendio y afrenta, trageron una mala silla, y le digéron: ea, siéntese vuestra Magestad, que los reyes no han de estar en pié: ahí tiene el trono real.‡

* Tract. 116. in Joan.

† Med. 7.

‡ Matth. ii. Ibid. xv. Radix græca.